

LA SEDA Y EL HIERRO

Antonio Pereira

Me han pedido un artículo sobre el país de Ancares y yo me pongo a escribir en el Puerto de Santa María, noviembre, sol suave, vino rubio y mariscos estimulantes de los que apenas sé el nombre. Podría salirme un buen artículo, aquí, donde a uno lo favorece la distancia. Junto al mar de Cádiz, evocar unas pallozas rodeadas por la nieve parece exótico, como decir que uno tiene novia en Antofagasta, como un ferroviario de Monforte de Lemos imaginado por un chino.

Pero, literaturas aparte, la tierra de Ancares -los montes de mi noroeste- están muy dentro de mi alma, y no siempre para que me sienta conforme conmigo mismo. Ahora se habla mucho de su interés botánico y zoológico, de una cultura irremplazable, de señas de identidad y raíces y esas cosas así. Pero nadie puede ocultar que se trata de una región deprimida. Yo supe pronto y bien lo pobres que eran sus gentes -lo pobres que éramos- a través de los objetos de una tienda de ferretería. Bajaban los hombres y mujeres de sus cumbres y valles altos a la villa que tenía luz eléctrica, boticas, abogados, compraban potes de Carril para el caldo que les duraría días, alambre para herrar los cerdos, pisos de madera para solar unas viejas empuñas y fabricarse unos zuecos, el calzado menos mimador del mundo. Al caer de la tarde marchaban por cuevas inciertas, y aquel adolescente que a escondidas leía versos y novelas detrás del mostrador se quedaba pensándolos, queriéndolos, a aquellos paisanos. Hasta que él mismo dio en inventar historias y versos. Es verdad que apenas hay obra mía en que no esté presente el paisaje y el paisanaje de mis orígenes: el hierro, los caminos difíciles, la sed del vino que se en tierras más bajas, el asombro de ver un avión en el cielo cuando la tierra está siendo abierta con el mismo arado que inventaron los romanos... Pero también, y siempre, la conciencia dudosa por la fuga hacia otros mundos y otros climas- la seda-; por una utilización estética de lo que están pidiendo gestos éticos y urgentes.

En Villafranca del Bierzo -la villa aquella de la luz eléctrica y las boticas y la ferretería- los señores pasean en la plaza, o se sienten en sus butacas delante del

casino. Ahora es frecuente que crucen por allí los turistas, los arqueólogos y los etnólogos y los dialectólogos, cargados de máquinas de retratar, de aparatos de grabar las canciones o el habla de los ancareses.

Da gusto saber que se tiene a un paso un enclave tan singular, mirarlo realizado en el papel couché de las revistas. También daba gusto pensarlo en Madrid, el año pasado, cuando comíamos en un comedor solemne del Ministerio de Cultura. La loza de la vajilla blasonada, el cristal finísimo de las copas. Te presentaban la fuente por la izquierda, o sea a la francesa, y tú mismo te servías mientras el servidor esperaba ni muy inclinado ni muy tieso. Luego hubo un acto público y hablamos mucho de los



Los prados. Temple al huevo. Cristina Cereales

Ancares. Yo recordé unos versos propios: San Fructuoso que hace más de mil años andaba por esos parajes «predicando justicias que poco se cumplieron / abriendo los caminos que aún están por hacen».

Antonio Pereira